

El español, que es activo,
Ya piensa en diversas cosas.

De la ciudad a dos leguas
Hacienda de caña compra,
Y llévase a Inés, venciendo
Su repugnancia notoria.

Él se entrega a sus faenas;
Ella consume sus horas
En el ocio y el fastidio,
Lejos de cuanto ambiciona.

Él va a la caza y en tanto
Inés indolente ronca,
Y se enflaquece y consume
Mientras su marido engorda.

Y, siendo de áspero genio
Y de condición despótica,
Mandarse uno al otro quieren,
Firmes entrambos cual rocas.

Lo que para el hombre es blanco
Es negro para la esposa;
Si él de frío se entumece
De calor ella se ahoga.

Y así van tornando a ser
Las amarteladas tórtolas

Lo que, en rigor, antes fueron:
Él tigre y ella leona.

Ésta por aquél vencida
En mil escenas odiosas
Que el hogar tranquilo truecan
En infierno de congojas,

Cede al fin, y como esclava
La frente al tirano dobla,
Y en odio amargo convierte
Su indiferencia y su cólera.

Viéndola, al cabo, sumisa,
Don Lope a quererla torna
Como el día que encendiera
Del himeneo la antorcha.

Mas son ofrendas inútiles
Sus atenciones melosas,
Que está la débil cadena
De esos corazones rota.

Y en vano con su carácter
Don Lope batalla a solas,
Contrarrestarlo queriendo
Por si soldarla así logra.

Que a Inés al mirar cual mármol,
Súbitamente se enoja

Y estalla en gritos, haciendo
La herida más y más honda.

Nególes naturaleza,
Tal vez sabia y previsor,
Lo que a las fieras ablanda
Y hace a la mujer dichosa.

Hijos Doña Inés no tuvo
Que serenasen las olas
De hiel en que la barquilla
De su espíritu se engolfa:

Y así falta a su existencia
Astro que en noche tan lóbrega
Dé objeto a sus pensamientos
Y dirección a sus obras.

Y sólo de vez en cuando,
De aquella vida monótona
En el estrecho horizonte,
Brillan cual luces fosfóricas,

Proyectos de fuga o muerte
Que fin a sus males pongan,
Y si al principio la espantan,
Más tarde agradable sonla.

Inclinación que reprueban
El cielo y el mundo, brota

En su pecho hacia el sobrino
Que está de Aranda a la sombra.

Tiempo hace ya que Román
Con expresión melancólica
En ella los ojos clava,
Si bien hablarla no osa.

Ella, indiferente y fría,
Nada en apariencia nota,
Y al joven sigue tratando
Como a las demás personas.

Poco sagaz el marido,
En ira terrible monta
Contra Francisco que en vano
A su mujer enamora.

De este mozo la presencia
El noble apenas soporta,
Y la palabra le excusa
Y la faz muéstrale torva;

Y no le cierra sus puertas
Porque, en suma, no halla cosa
En qué fundarlo y con ello
Diera a las lenguas su honra.

¡Ay! Si nos fuese posible
Al través de seda y blondas

Y del ondulante seno
De nieve formado y rosas,

Ver el corazón de Inés
Lleno de letal ponzoña,
Retrocediéramos luego
Como quien víboras toca.

El deseo en él se abriga
De que, haciéndose más hondas
Las sospechas del marido,
Éste con Francisco rompa,

Y haya entre los dos un lance
Que deje a Inés libre y sola
Para dar mano y hacienda
A aquel por quien se halla loca.

Una vez que conocemos
Cuanto conocer importa
Para comprender el triste
Desenlace de la historia,

Con los demás convidados
Vamos al salón, lectoras,
Pues la servidumbre avisa
Que está en la mesa la sopa.

VII

El convite.

Con luces, manjares, flores,
Ricos vinos, frutas secas,
Pomas cortadas del árbol
Esa tarde, rojas fresas,
Duraznos que las mejillas
De las jóvenes semejan
Y aceitunas oleosas
Que da Sevilla en sus huertas;
Llenando platos y fuentes
De rara forma y riqueza,
Sobre el mantel que por blanco
La piel del armiño afrenta,
Al ir entrando a la sala
Cubierta hallamos la mesa.

Tras cumplimientos corteses,
Ocupan su cabecera
Don Lope a la izquierda mano
Y su esposa a la derecha.
A un lado y otro en seguida
Los convidados se sientan,
Quedando entre dama y dama

Un galán que las atienda.
 Y como más allegados
 O por sobra de llaneza,
 Francisco y Román se ponen
 De los esposos más cerca.
 Y aunque al principio el silencio
 Y la gravedad imperan,
 La animación y el bullicio,
 Según la costumbre añeja,
 Con el licor van saliendo
 Del fondo de las botellas.

La faz serena y festiva
 Cual nunca hace tiempo, muestra
 Don Lope que en la mañana
 Túvola mustia y severa,
 Quizá porque al ir pasando
 Del comedor a otra pieza,
 Vió, sin querer, que Francisco
 Con presunción asaz necia,
 Dió a Inés un ramo de flores
 Que fué aceptado por ella.
 Cuando iba a estallar acaso
 La indignación que le llena,
 Cartas de Madrid recibe
 Y, vistas firmas y fechas,
 En sus mal trazadas líneas
 Halla tan felices nuevas,
 Que en arrebatos de júbilo
 Su ciego enojo se trueca,

Y torna a leer y al cielo
 Ojos y palmas eleva.
 Con su destierro, del trono
 La majestad satisfecha,
 Carlos Tercero su gracia
 De nuevo ya le dispensa;
 Y hasta en sus brazos reales
 A Lope estrechar anhela,
 Y festejar su llegada
 Con cacerías espléndidas
 En que monarca y vasallo
 No den reposo a las fieras.
 ¡Cuál a estos sueños de dicha
 El buen Aranda se entrega!
 Mírase ya al pie del trono,
 Que altiva corte rodea,
 Objeto de los favores
 Que al ambicioso desvelan;
 Torna a mirar el escudo
 De la casa solariega;
 Torna a respirar las brisas
 De las castellanas sierras
 Donde conoce uno a uno
 Los árboles de las selvas.
 Y cuando de tales sueños
 A lo presente despierta
 Y los terribles cuidados
 Que Inés le infunde recuerda,
 En sus adentros se dice
 Que, en rigor, crimen no encuentra

En que su esposa reciba
 Las flores con que la obsequian;
 Siendo, además, evidente
 Que el peligro, si lo hubiera,
 Se alejaría poniendo
 Entre ella y Francisco tierra.
 Y en la expansión de su gozo,
 Alma generosa y buena,
 Si bien a todos oculta
 Bajo una áspera corteza,
 De sus pesares domésticos
 Toda la culpa se echa
 Creyendo que anduvo torpe
 En sepultar en la hacienda
 A Inés que ha sido criada
 Entre regalos y fiestas;
 Que si humildes flores hay
 Que sólo en la sombra aciertan
 A vivir, lejos del rayo
 Del sol las demás se secan;
 Que de la corte mecida
 En la fastosa opulencia,
 Inés, que ha ceñido siempre
 De la beldad la diadema,
 Será de su esposo al lado
 Feliz, amante y benévola.
 A tales sueños Don Lope
 En su escritorio se entrega,
 Y para hacer el viaje
 Trata de arreglar sus cuentas,

Al mayordomo dejando
 Molinos, ganado y tierras,
 Cuando su esposa le avisa
 Que está la sopa en la mesa
 Y él, sin decirla palabra,
 Hacia el comedor la lleva.

¿Qué extraño es, pues, que el semblante
 Festivo el hidalgo tenga
 Mientras su espíritu halagan
 Consoladoras ideas?
 Propónese a Inés, que está
 Cual nunca arrogante y bella,
 A Román y al mayordomo
 Y a toda la concurrencia,
 Dar de tan faustas noticias
 A los postres la sorpresa.
 Alza, entretanto, su copa
 Do el claro jerez chispea,
 Y antes de llevarla al labio,
 Con voz de entusiasmo trémula,
 En estas u otras palabras
 Muy semejantes se expresa:

«Del alto favor caído
 De Carlos, gloria de España,
 Me condenó en tierra extraña
 Al deshonor y al olvido.

«Mas de las iras reales,
Que respeto cual vasallo,
Los cielos burlan el fallo
Trocando en dicha mis males.»

Cuando así hablaba, a su vista,
Aunque en dirección inversa,
Puesta en la pared de enfrente
Ancha luna de Venecia,
Sala, mesa, luces, flores
Y convidados refleja.
En aquel cuadro animado
Le pareció que halagüeña
Inés miraba a Francisco
Con misteriosa reserva;
Mas, al recordar lo injusto
De sus antiguas sospechas,
Domínase y luego añade
Con voz firme y faz serena:

«Franca, amistosa acogida
Dióme esta colonia, a fe,
Y casi al llegar hallé
Con el amor nueva vida.

«Y no el amor me hirió en vano,
Pues, sellando mi ventura,
Inés me entregó ante el cura
Su corazón y su mano.»

Aquí Aranda, a pesar suyo,
La vista al espejo lleva,
Y a Inés y Francisco hallando,
Al punto los ojos cierra,
Creyendo sinceramente
De horrible ilusión ser presa;
Y el interrumpido brindis
Prosigue de esta manera:

«Por mí, que he sido asaz necio,
Aquí su beldad sepulta,
Cuando estar no debe oculta
Joya de tan alto precio.

«Lejos de aquestos lugares
Presto se hallará en su esfera,
Cual la corza en la pradera
Y como el pez en los mares.»

Dar fin al brindis no pudo
El noble; en sus fauces queda
Inmóvil, cual si tuviese
Nudo apretado, la lengua.
En su faz la vista clava
Entonces la concurrencia
Y desencajada hallóse,
No sin profunda extrañeza.
Y al ver que al espejo está
Mirando con insistencia,
Todos al espejo miran